RESCOLDO

Yo me pensaba que era
tan facilico
el apagar la lumbre
de aquel cariño...
¡Ay lumbrecica,
lo que dura el rescoldo
de tus cenizas!

Así canta el mozo
cuando se halla á solas...
La mesma coplica
canta á tóicas horas,
de un modo que páece que el alma con ella
se le escapa también por la boca!...
Así canta el mozo
que tiene la novia
en la mesma calle
en que há poco tiempo se hablaba con otra!...

El mozo, el domingo, platica á la puerta

con esta zagala con quien se habla abora,
y la que antes lo quiso, platica
ya también con otro y á las mesmas horas,
en la propia calle, cerquica y de modo
que las dos parejas siempre se confrontan...
Y aunque alantaïcas en los dos noviajes
están ya las cosas,
se vé, cuando lão por lão platican
unos y otros novios así de esta forma,
que sus miraïcas, entavía, el mozo
se echa con aquella que era antes su novia...
¡Estas miraïcas,
bien claro pregonan
aquel rescoldico que dejó la lumbre
en el pecho del mozo y la moza!

El caminico

Pa ir sin arrodeos derecho ande estaba
la moza aguardando, siempre echaba Isidro,
á campo atraviesa,
por el mesmo sitio,
y á fuerza de pasos,
la verea s'hizo...
Desde el arrecife, derecho á la casa,
partiendo la viña, se vé el caminico...

Después que una noche, como de costumbre,
con la moza á sus solas se vido,
del lugar, pa siempre,
se marchó por sus pasos Isidro,
dicen que harto de ella...
por otro capricho...

Tocá por la pena, la pobre Rosario

desde entonces no se halla en su juicio!...
La hierba se extiende naciendo en la viña
y se empeña en borrar el camino;
pero no la deja
crecer Rosarico...
Dice la zagala:
—Si le dá la idea de volver á Isidro,
que no tenga queja,
¡que esté el caminico!...

EL SACRIFICIO

Vengo de misa ¡y traigo un desconsuelo!...
La ha dicho el zagalico del tió Juan:
aquél que de pequeño era tan diablo
y que luego salió tan buen zagal...

Su madre se empeñó en que fuera cura,
y, quieras que no quieras, no hubo más:
sin vocación, el pobre José Antonio
dobló la frente y se dejó llevar
¡como una res mansica
que al mataëro vá!

Al cabo de los años
vuelve abora al lugar,
y dá pena de verlo
tan serio y tan formal.

. . . . . .

Fué novio de Rosario,
la nena del tió Blas...
aquella tan bonica
que era un angel de Dios... No se verá
noviaje como aquél... ¡era un cariño
ya ciego por demás!

Platicaban de noche, y por el día
no podían pasar
sin mirarse á raticos dende lejos,
¡sin hartarse jamás!
en la güerta, en la calle y en la plaza,
¡pa ellos tóico era igual!
¿¡y en la iglesia!? ¡los ojos no ponían
ni siquiera una ves en el altar!
A ella, cuando iba, la veías siempre
al pié del Nazareno, embelesá
mirando á José Antonio... ¡José Antonio,
mirándola enfrentico, sin parar!

. . . . . .

Poco dempués de que él cantara misa,
la pobre sin saberse de qué mal,

¡murió como quien no tiene en el mundo
ya náica que esperar!

. . . . . .

. . . . . .

No hay mayor sacrificio
que el que ha hecho ese zagal.
Al dar la bendición hoy en la misa,
miró pal Nazareno con afán,
igual que en otro tiempo... y cual si viera
enfrente á Rosarico embelesá
mirándolo entavía,
¡no pudo resistir y echó á llorar!

TÓ POMPORICAS

Pa poder verse á solas,
al soto s'iban,
y en el mesmo remanso,
junto á la orilla,
sintiendo hablar al mozo
la zagalica,
se pasaba las horas
embebecía...

En tó lo que duraba
lo que s'icían,
con la petera el mozo
de echar chinicas
al remanso del río,
nunca ponía
sus ojos en la cara
de la mocica,

¡y ella con sus ojazos
se lo comía!...

Al golpe seguidico
de las chinicas,
la corriente serena
se estremecía,
llenándose el remanso
de pomporicas,
tan vanas, que en el ínten
se deshacían...

Y anguna ves, al mozo
la zagalica,
sintiendo sus palabras,
le respondía:
—Que tus promesas llegue
yo á ver cumplías
y tó salga igualico
que me lo pintas...
Que esas palabras tuyas
con que me privas,
¡no sean lo mesmico

que pomporicas!...

Le salió á la zagala
lo que temía:
la engañó el mozo al cabo
con palabricas...
se devirtió con ella...
¡la ejó perdía!...

Y la pobre, en el soto,
y ande se vían,
se echó de golpe al agua
dende la orilla,
cayendo lo mesmico
que una chinica...
llenándose el remanso
de pomporicas...

Tó el que lo sabe, dice:
«¡Páece mentira!»
¿Por qué, si en este mundo
tó es pomporicas?

LOCO DE REMATE

El zagal estaba
en tós sus cabales;
pero andaba siempre cabiloso y triste
por lo del noviaje
de la moza aquella que por él cegaba
y con otro le hicieron casarse...
Era el pobre zagal, vergonzoso:
un mocico de esos buenos y formales,
y causaba pena verlo á tóicas horas
murrio, callaïco, sin hablar con náide...
¡como si por dentro de sí, que lo fuera
minando de muerte, llevara un mal grande!

Pal trebajo era un negro: salía,
hecho un esclavico, con la casa alante...

«¡Mis piés y mis manos!»
cuando lo mentaba, decía su padre...
Pues, solo el mocico, y aunque vió mal tiempo,
se marchó con el carro de viaje
y en mitá del camino, la nube
le pilló de golpe, sin poder librarse...
Se caló ista los güesos, la ropa
se secó pegaïca á la carne...
le entró calentura, se vido á la muerte...
y loco, de aquella, queó de remate!

Le dió la locura por ser lo contrario
de lo que era enantes:
cantaba y bailaba
sin empacho en mitá de las calles,
tan suelto y alegre, que el pobre paecía
más felís que náide...
¡Detrasico del loco iba siempre
escurrío de pena, su padre!

Luego, algunos días,
al zagal le entraron arrebatos grandes...
había que atarlo

porque no era cosa de verlo estrozarse,
y al viejo le hicieron llevarlo á las javias,
¡que era igual que, vivo, sepultura darle!...
¡Y al hijo, á la jaula, llevó engañaïco!...
¡El zagal cantaba, mientras que en la calle,
escurrío de pena y de angustia,
mirando á las javias, lloraba su padre!

. . . . . .

. . . . . .

Al mocico, abora,
otra ves lo tienes en tós sus cabales;
pero ya no canta: lo ves, como en tiempos,
caviloso y triste por lo del noviaje
de la moza aquella que por él cegaba
y con otro le hicieron casarse...
Dá lástima verlo:
murrio, callaïco, sin hablar con náide,
¡como si por dentro de sí, que lo fuera
minando de muerte, llevara un mal grande!...
Cuando estaba loco, paecía más cuerdo...
¡páece abora más loco que enantes!

ALECCIONAÏCA

No me daba calor la zagala...
A mí me paecía
que estaba por otro,
que en mí no pensaba ni siquiá una chispa...
Se me figuraba que hacer imposibles
pa que me quisiera, poquico sería...
¡Mi hacienda le hubiera yo dao por una
de sus miraïcas!...

—«Díselo, porque á media palabra
te responde que sí»—me decían.
«Díselo, que con palmas te esperan
en su casa, si vas á pedirla.
¿Ande, nunca enjamás, semejante
proporción pa casarla tendrían?
No serán, de seguro, tan ciegos

sus padres que dejen, así tan aïnas,
escapar la ocasión de que sea
la zagala rica.»

Y como el cariño no atiende razones
y vás, sin remedio, siempre pa ande tira,
me senté en el poyo y, en cuatro palabras,
le dije abonico que si me quería...
Y ella, sin empacho y á poquicos ruegos,
aterminaïca,
me respuso que sí, de tal modo,
¡que me dió tristeza, más bien que alegría!...

Pa mí que, al decirme que sí, la zagala
su sentir no icía...
Pa mí, que ya estaba revuelta del tóico...
¡revuelta del tóico y aleccionaïca!

CARMENCICA

Trempanera me has salío
como la flor del almendro...
¡cuánta flor trempanerica
se yela ó se lleva el viento!...

I.

¡Releñe! ¿No la has visto?
¡Carmencica con novio!
Y no está encelaïca, que digamos,
platica que platica con su mozo,
los dos bien rejunticos
sentãos en el poyo...
¡Demontre de zagala!... ¡me dá pena
que despunte tan pronto!

¡Señor, si es una cría!
Si ayer mesmico, como dice el otro,

llevando elante su maná de pavos,
corría esaliñá por los rastrojos,
siempre pegando blincos y corriendo
dende un lugar á ötro,
y siempre ennegrecía y tan secuza
que tó en su cara se volvían ojos...
Y mirándola espacio... no es la mesma
¡si dá, de verla, gozo!
¡Si su cara tié lumbre
y tién sombrica de parral sus ojos!...

II.

Me lo daba el corazón:
salió lo que me temía.
¡Miá lo que ha tardao en irse
con el novio, Carmencica!

¡Qué lástima de zagala!...
¡Más guardara lo que importa,
que agua que pasa y no vuelve
es en la mujer la hönra!...

Ya está alegre y satisfecha,

sin rastro de sentimiento,
como está el que la perdió
con otra novia, tan fresco.

¡Lástima de Carmencica!
¡qué malos pasicos lleva!...
¡unos mocicos anoche
cantaron esto á su puerta!

Aunque te laves y laves
manchaïca te has de ver,
¡como está la cantarica
ande tós van á beber!

III.

¡Qué lástima de zagala!...
¡Frutica á medio maurarse,
que cayó de su ramica
y anda por los barrizales!...
De otra manera se peina,
de otra manera es su traje,
no es el olorcico que echa
olorcico de azadares,

ni su cantar es el mesmo
ni tién sus coplas el aire
de aquellas que por la huerta
se echan entre los cañares...
El arrebol de su cara
no es arrebol de su sangre;
el descaro de sus ojos
no es la lumbrecica de antes;
no es la mesma su risica,
ni los mesmos sus modales...
¡Quien la vió y la vé!... ¡Señor,
qué diferencia tan grande!...
Como está lo que se vende
á tó el que vá por la calle;
como lo que pué comprar
tó el que se acerque y lo pague;
como cosa que está á mano;
como en las tablas la carne...
¡asina está Carmencica,
ya pensarás en qué partel...

IV.

Yo he puesto en crus sus manos

y he compuesto los rizos de su frente,
apañando el pelico que tenía
pegaïco á las sienes,
y he llenão su cuerpo de azadares
y rosas y claveles...

Yo he besão su cara,
abora que nenguno la apetece,
y he cerrão, llorando,
sus ojicos, pa siempre...
Otra ves sus pestañas
con su sombrica de parral se extienden...
otra ves en su cuerpo
los azadares güelen...
¡ya está otra ves más pura
que el agua cristalina de la fuente!

. . . . . .

Florecica de almendro,
más blanca que la nieve,
¡trempanerica caes
al airecico helão de la muerte!

¡CALLÁ, CALLAÏCA!

I.

¡Ni enclavándola en crus, se dejara
su querer María!
Su padre la cela de muerte y le dice:
«Nena, que te mato, si con él platicas.»
«Nena, que te egüello,
si sé que lo miras.»
Y ella, lo mesmico que si fuá de peña,
ni siquiá rechista:
pero siempre firme...
¡siempre encelaïca!
Su padre reniega y, á tóicas las horas,
que se deje á Leonardo, le grita,
y ella hace promesa de quererlo siempre,
¡callá, callaïca!

¡Con cuántos trabajos

y cuántas fatigas,
puén tener un rato de verse y hablarse
Leonardo y María!
Pasá media noche
son töas sus citas,
y, al amparo e las sombras, el mozo
pegaïco á las tapias, se esliza
y estroza cañizos y salta los leros,
con el ansia grande de lo que le privan.
De la casa, á buscarlo, la moza
sale de puntillas,
y escalza y temblando, se esculle hasta el güerto,
¡callá, callaïca!

Menos se les siente,
menos entavía
que el son de las hojas de la parra grande
que los acobija...
que el son de las hojas que calmoso el aire
mueve una miajica.
Más páece, lo que hablan,
cosas que suspiran,
y hablan cá ves menos,

como cosa que no necesitan...
¡Tanto como merman sus palabras, tanto
crecen sus caricias!
Él, entre sus brazos la aprieta que páece
que va á hacerla quina,
y ella le dá besos muy arrebonico,
¡callá, callaïca!...

II.

Con los mozos remata la guerra,
la guerra maldita...
Ya se fué Leonardo...
¡qué dolor pa la pobre María!
Pa que no la tome con ella su padre,
pa que ná le diga,
la infelís, aguantando su pena,
se pasa las horas mortales del día
y, aluego, llorando
las noches enteras á lágrima viva,
¡recomiéndose sola su angustia,
¡callá, callaïca!...

III.

¡Válgame qué esgracia! Que en buenas del trance
saque Dios á la pobre María.

Lo sabe tó el mundo; no pudo ocultarlo,
por lo alantaïca...
Su padre la mata,
si no se la quitan,
y jura y rejura
que al crío que pára, tié que hacerlo trizas.
De temor se estremece la pobre,
pero no rechista,
¡y oye la sentencia,
callá, callaïca!

¡Qué miedos que pasa
la pobre María!
Ná le dá por ella;
teme por la vida
de aquel angelico
que el Señor le envía;
lo aguarda con ansias, y teme que venga...
¡siente unas tristezas y unas alegrías!
Su padre, más fosco cá ves, le recalca
la sentencia aquella que la atemoriza.
La pobre; al sentirlo, töa se estremece,
pero no rechista,

y jura y rejura salvar á su hijico,
¡callá, callaïca!

IV.

Sintió los dolores á la media noche,
cuando tós dormían...
se mordió las manos y aguantó su angustia,
¡callá, callaïca!

. . . . . .

. . . . . .

Pa ir sabe Dios ande,
sin amparo de náide ni guía,
no pensando en su vida la pobre
por salvarle á su hijico la vida,
lo cojió en los brazos, lo abrigó en el seno,
le puso la cara pegá á la carica,
y muerta de miedo y escalza y temblando,
salió de puntillas,
dándole besicos, llorando la pobre,
¡callá, callaïca!...

Los pajaricos sueltos

I.

No mandes á los nenes á la escuela
porque no la han abierto
y está, si es que el Señor no hace un milagro,
cerraïca pa tiempo...
Ha caido en la cama
muy malico el maestro,
y es cosa de temer, por las señales,
que ya no se levante el pobre viejo...
Una jaula vacía
páece la escuela con aquel silencio,
y por fuera corriendo los zagales,
una bandá de pajaricos sueltos.

. . . . . .

II.

Ya doblan las campanas...

ya arrematò el maestro...
mucha pena me dá, porque era un hombre
de los pocos que hay buenos...
mucha pena me dá por los zagales...
¡No paro de pensar qué va á ser de ellos!

. . . . . .

. . . . . .

III.

¡Traigo en el corazón una tristeza!...
De allá abajico vengo:
la escuela, como enantes, cerraïca
y con aquel silencio...
chillando alreörcico los zagales
y á sus anchas corriendo...
¡La jaulica vacía
y la bandá de pajaricos sueltos!

. . . . . .

. . . . . .

LA NUBECICA

Hace noche escura... escura lo mesmo
que boca de lobo... ¡sin una estrellica!
De ratico en ratico, llampea...
¡la nube está encima!

. . . . . .

Con ser ya las tantas de la noche, á Paco
fuera de su casa lo tiés entavía...
ceñúa lo espera,
de plantón en su puerta, Antoñica...
Es un matrimonio parejico el que hacen
y dá gusto verlos en buena armonía:
son jóvenes, gozan de salú, de pocos
deseos se privan...
pero él tié su pronto y ella tié su genio,
y hay veces que riñen por cualquier cosica.
Que Antonia está ciega de querer por Paco,

es tan claro que salta á la vista,
por más que ella nunca tal cosa demuestre
ni, menos, la diga.
Es de las que häblan
poquico en su vida;
no es espamentera,
no anda con embustes y zalamerías,
no tié desahögo pa tóico, como otras...
¡es reservaïca!
No espega sus labios...
tan es ella asina,
que puá ser que Paco no la haiga sentío,
como fuera su gusto sentirla,
decirle «te quiero»
ni una ves solica.

. . . . . .

. . . . . .

Paco ha vuelto á su casa, y Antonia
ni siquiá rechista;
pero es, el callarse,
en Antonia la seña más fija
de la pesaömbre clara y manifiesta

que en su cara se vé pintaïca...
Esto le hace á Paco perder los estribos,
haciéndole que hable lo que no hablaría:
—¿Por qué calla Antonia?
¿por qué no se esplica?
¿es que quié tenerlo lo mesmo que á un nene?
pos ¿qué se imagina?
¿no sabe que es mucho peor cuando tanto
se aprieta y se obliga?
¿es que quié que rabie? ¿por qué lo encangrena?
¿le luce que riñan?—
Y ya, de coraje
cegando, le grita:
—¿Por qué has de ponerte tan cerril conmigo,
que no quisiá verte?... que te mataría?!...

. . . . . .

. . . . . .

En tóico lo suyo se esjarra la nube:
retumban los truenos, zumba la ventisca,
se amaga el ramaje
y el barranco se hincha...

. . . . . .

Callaïca, Antonia se esnúa y se acuesta,
sin decir ni siquiá palabrica...
Paco hace lo propio,
apagando la lus en seguía...

. . . . . .

. . . . . .

Vueltas y más vueltas...
el sueño está lejos y Antonia suspira...
Paco que la siente, ya en tono más suave
y un poquico triste le habla abora asina:
—¿Por qué ha de ser esto,
si ves tú mesmica
que motivos pa tales disgustos
no te doy ni chispa?
¿Por qué ha de ser esto?...
Cualquiera diría
que te causa pena
ver que gozo siquiá una miajica...
Es decir: que, si estoy trabajando,
tú vives tranquila,
más que pase en vela
tres noches seguías;

pero ná de amigos, ná de que descanse
ni que eche á un laïco penas y fatigas.
¿Y es eso quererme?
¡quererme! ¡mentira!...
Reventando Antonia de pesar, tragando
le hiel más amarga de töa su vida,
responde al remate:
—¿Pero yo qué te hecho pa que tú me digas
tales expresiones? Si yo de otro modo
pensara, me páece que peor sería.
Negar que padesco porque no me llevas
contigo, si sales, fuera una mentira...
¡me páece que á menos ya tiés el sacarme
de paseo, como antes hacías!...—

—¿Pero no comprendes—
Paco le replica—
que no pué ser eso de tener yo á menos
el salir contigo, como te imaginas?
¿Por qué has de volverte loca, cavilando,
y á mí me arreprietas y casi me obligas,
con estos disgustos, á que un caminico,
pa no volver nunca, tome el mejor día?—

«¡Pa no volver nunca!...» Sin consuelo Antonia,
llora solamente de que se lo diga,
y calando, de lágrimas que echa,
la cabecerica,
y ampará en lo escuro, como al confesarse
buscara el amparo de la mantellina,
lo que en el sagrario
de su pecho guardao tenía,
deja por su boca salir, como el hilo
puro y trasparente de una fuentecica:
—¿Por qué he de enojarme?
Si no te quisiera, no me enojaría...
Sabes que por eso son mis desazones...
¡por eso bien sabes que el vivir me quitas!...
Quiero tu compaña...
Páece que me olvidas,
cuando aquí en la casa
me dejas solica...
Quiero tu compaña... ¡na más que eso quiero!
¡mi orgullo sería,
como cuando novios, ir á tóicas partes
contigo juntica!...—

Y Paco la siente
como nunca soñara sentirla...
y, en lo escuro también, en lo escuro
que como una gloria pa ellos se ilumina,
la aprieta en sus brazos,
sin decirle siquiá palabrica,
llorando como ella,
suspirando como ella suspira...
¡los cuerpos junticos!...
¡¡las bocas junticas!!...

. . . . . .

. . . . . .

Ya pasó la nube y abonico llueve.
Pa dar sus cosechas y sus alegrías,
se entreabre la tierra y con ansia
se embebe el agüica.

La sequía

Ni que á Dios se lo pidas,
ni por más que suspires ni que ruegues;
tómalo con pacencia y no te canses
que, ya lo vés, no llueve
ni una gotica de agua, tan siquiera,
que tanto mal consuele.
¡Páece que ya en el cielo,
al igual que en los hombres que no sienten
las penas de los pobres,
ni el brillo de una lágrima se arvierte!

Y, si no quiés venirte de vacío,
no vayas á la fuente,
que tié la sierra las entrañas secas
lo mesmo que las tién angunas gentes...

De tóico, lo mejor es que no salgas,
por más que te esesperes,
que de tós los dolores
es el peor, mil veces,
el ver tó el mal que la sequía ha hêcho,
¡el ver tanta miseria y tanta muerte!...

Los campos, asoläos...
las tierras, traspillás, sin que les entre
la punta del aräo, ni que en ellas
agarre ni un granico de simiente...
las matas, retorcías
y los árboles, muertos... ¡náica verde!...
sin pastos y sin charcas ande beban,
los ganäos... ¡muriéndose las reses!...

Los caminos, con una vara e polvo
ande se hunden los carros dista el eje
y se arrastran las mulas carleändo
y, abrasäos y ahogándose, se meten
los pobres carreteros que respiran
la terruza caliente...

¡Tó perdío!... ¡Perdío de remate,
sin que Dios lo remedie!...

Te pués esengañar, que náica alantas;
no suspires, ni ruegues;
y, si no quiés venirte de vacío,
ya lo sabes, no vayas á la fuente,
que tié la sierra las entrañas secas
¡lo mesmo que las tién angunas gentes!

SÁNTA RITA, RITA...

I.

«Dame un hijico, Señor;»
—la probe de Juana icía—
dame un hijico, Señor,
pa contento de mi vida.
Y tanto y tanto rogaba
y con tanta fé pedía,
que, escuchándola el Señor,
le dió, al remate, una hijica.

II.

Y creció la nena,
que era de lo hermoso que en el mundo había...
igual c' un dibujo,
de tan rebonica!...
A la probe Juana

privá la tenía...
La zagala corre,
la zagala blinca,
la zagala canta,
la zagala chilla...
¡qué aciones de vieja!
¡qué zalamerías!
¿Pos y las palabras?
¡Ay, lo que sabía!

III.

Y gozando cuanto hay qué,
felís del tó con su hijica,
se estaba tirá en el suelo
la probe Juana tó el día,
haciendo con la zagala
locuras por devertirla...
pasando las horas muertas
embobá y embebecía...
La zagala la caló,
y, encanándose de risa,
tó lo que se le antojaba

á su madre le pedía,
y su madre, pos ya ves,
le hubiera dão la vida.
Y era e ver á la zagala,
con ropa e mujer vestía,
arrastrando por el suelo
dista el pañuelo e Manila,
y era e ver cómo á su madre
la baba se le caía...
Pos aluego, «trae la ropa
que la arcemos, hija mía»,
¡Que si quieres! ¡Miá que darla!
A röar la mantellina
y los vestíos de sëa,
y tó lo que se ponía.
«Pero trae la ropa, nena.»
¡Que si quieres! Risa y risa,
y, chalando el tó á su madre,
cantaba esta retahila:

Santa Rita, Rita,
lo que se dá, no se quita.

Pos... y Juana la dejaba

y, en sus adrentos, icía:
«Dios mío, ya que m'has dão
pa mi contento esta hijica,
no me la quites, Señor...
Señor, Santa Rita, Rita...»

IV.

Pero como tó tié fin,
y antes que tó la alegría,
pa esesperación de Juana
se puso mala su hijica.
¡Ay, qué cuadro! ¡si hubiás visto!
¡el corazón se partía!
Muriéndose de su mal
aquella criaturica,
y al mesmo tiempo su madre
que de pena se moría...
esvariando las dos,
que era un dolor el sentirlas...
la probe Juana de angustia,
de calentura su hijica:
la zagala con los juegos
que con su madre tenía,

y saliendo en su trastorno
con aquella retahila:

Santa Rita, Rita,
lo que se dá, no se quita.

Y la madre que á su ves,
al ver loca que su hijica
se le muere, y que el Señor
que se la dió se la quita,
sin que haiga pa ella consuelo,
y al son de la zagalica,
como iciéndoselo á Dios,
también repite al sentirla:

«¡Santa Rita, Rita,
lo que se dá, no se quita!»